

era una joven de inteligencia, de no vulgares conocimientos, y por consiguiente de ambiciones elevadas. Tampoco se ocultaba á Matilde que no tiene la mujer enemigo más poderoso que su belleza, y que aun la de más talento puede llegar á presumir mucho de su hermosura.

En cuanto al estudiante, sabia que con poco podia exaltarse su carácter áspero, y echar por tierra, él mismo, el templo de su gloria. Matilde entró á la lucha llena de confianza.

V.
—Con ansia te esperaba, Elda mia; no sé por qué me parece que de algun tiempo á esta parte tus visitas han disminuido: será porque cada dia te quiero más, y con mi cariño crece mi egoismo.

—No, Matilde, no he escaseado mis visitas; sabes que te prefiero entre todas mis amigas.

—Bien; pues ahora, aprovechando el estar solas, quiero cumplir, como buena amiga, dándote una gran noticia. Se ha realizado el sueño mas hermoso de mi vida; te voy á ver adorada como mereces; tu nombre vá á resonar por todas partes; tu hermosura vá á ser cantada por un poeta que te ama, y

que naturalmente hará que te ensalcen todos sus compañeros. Vivir tú casi olvidada, reducida al pequeño círculo que tenemos; no atraer por donde quiera las miradas y provocar frases como estas: “Aquella jóven tan linda que vá, es la misma que el poeta N** ha cantado tantas veces, en verdad que su belleza supera á cuanto de ella pudiera decirse en su elogio.” Sí, Elda, una amiga me ha comunicado que un poeta te ama con delirio.

—Matilde. yo no sé, yo no comprendo nada de lo que me estás diciendo.

—¡Oh! pues en esto consiste mi placer. Quería yo ser la primera que te comunicase esa noticia, y lo he logrado. ¿Verdad que me leerás todos los versos que te dedique; que las páginas de tu álbum, á medida que las vayan llenando, las leeré yo? Pero no vayas á envanecerte al escuchar tantas flores; no sueñes mucho; tu hermosura es capaz de enloquecer á cualquiera; es preciso que, sin hacerte orgullosa, procures alejar de tu lado, con cierto desden, á los innumerables

adoradores que van á buscarte y seguirte por donde quiera. Porque esta va á ser tu verdadera entrada en el mundo. No habrás pasado desapercibida hasta hoy, es verdad; pero no debes ignorar que se necesita que haya una persona que pregone su amor por todas partes para despertar el de otros muchos.

Elda no sabia darse cuenta de lo que oía; no pensó que aquellas palabras envueltas en flores encerraban malicia alguna; sintió halagado su amor propio; gozó y sufrió al mismo tiempo, y estuvo pensando largo rato en si debía ó no pedir explicaciones á su amiga, ó confesarle de una vez que el poeta llegaba tarde: es decir, que la materia se habia sobrepuesto al espíritu. Grande fué la lucha que sostavo consigo misma, pero al fin salió vencedora su astuta rival.

—Matilde. ¿me perdonarás si te confieso que te he faltado?

—¿Perdonarte? Para hacerlo seria necesario que accion alguna tuya pudiera merecer una reconvencion.

—Yo he sido reservada contigo; he sido mala amiga; no he correspondido á tu confianza.

—No me des mas explicaciones; lo sé todo, y yo misma voy á disculparte. Escúchame: conociste en esta casa á un jóven estudiante de medicina, ¿no es verdad? Fernando es un buen muchacho, lo confieso, y siempre le he tratado con la atencion que merece. Sin embargo, si alguna vez me hubiese insinuado que me amaba, que nunca lo hizo, no le hubiera correspondido, por muchas razones; pero, sobre todo, por la profesion que ha adoptado. Permíteme que te explique detenidamente la razon de este que tú crearás un capricho.

Muy noble y digna he juzgado siempre la ciencia de la medicina, y en un buen médico he visto á un benefactor de la humanidad, á un ministro sagrado que lleva el consuelo al seno de las familias atribuladas. Pero por lo mismo que bajo tan elevado aspecto he considerado á los médicos, viendo en ellos seres que se apartan del vulgo de las gentes

por los conocimientos que atesoran, he creído que no pueden sentir como los demas esas afecciones que forman el encanto de la época mas risueña y hermosa de la vida. Condenado el médico á observar profundamente todas las partes del cuerpo humano, palpando tan cerca y á cada momento todas las manchas, todo lo corruptible de la materia, imposible parece que puedan acariciar una ilusion, ó tener un sueño de esos cuyo recuerdo no se borra nunca. Preocupados siempre con los males de su clientela, vivo el recuerdo del triste espectáculo que los hospitales ofrecen, con todas sus miserias, con todos sus horrores, ¿pueden acaso tener imaginacion para esas dulces trivialidades del amor, que no por serlo dejan de ser gratas? Si el médico es una notabilidad, no se pertenece ni aun á así mismo; la humanidad reclama todas sus atenciones; no tiene tiempo de disfrutar las delicias del hogar doméstico. Cuando no está asistiendo á un enfermo, está estudiando un caso grave que le presenta grandes dificultades.

Todo esto, si el médico es, como te digo, una notabilidad; si es un adocenado, nadie le ocupa, ó le pagan una peseta por visita, y siempre está desesperado. Además ¿qué mujer que se estima se ha de casar con un hombre vulgar? Supongamos, Elda, que te casas con Fernando, y que tiene una buena clientela. Al llegar, vas á recibirle creyendo que te va á estrechar un momento en sus brazos. No; viene en busca de unos instrumentos quirúrgicos para hacer una operacion resgosísima; en dos palabras, y sin estrechar tu mano, te pinta un caso que te llena de angustia, y parte, y te deja sola. Como dejó su estudio abierto y necesitas distraerte, entras á él, ¿pero qué es lo que ven tus ojos? En los ángulos de la habitacion hay dos esqueletos humanos que te asustan; sobre las mesas, calaveras y huesos. Quieres borrar las lúgubres ideas que te acosan, y abres un estante para sacar un libro; pero en vez de los volúmenes rojos con cantos dorados que creíste hallar, encuentras que tus manos tropiezan con unos grandes frascos en que

miras, como si fueran frutas conservadas en su jugo, infelices oriaturas nadando en alcohol, y deformidades que te impresionan. En vano recorres el aposento buscando obras primorosas de arte. No hay allí hermosas pinturas, ni flores, ni aromas, ni nada que pudiera halagarte. Te retiras entristecida y anhelando distraerte; pero al cruzar los corredores, ves la escalera llena de pobres demacrados, de enfermos que aguardan oír su sentencia de muerte, y que de tu casa irán á morir al lecho de un hospital. Cuando Fernando vuelve te cuenta sus afanes, y algunas veces le ves abatido porque teme por su reputacion. Varios de sus enfermos se han muerto. Quisieras consolarle, y te retiras porque tienes importunar, y porque te asalta la idea de que sus manos acaban de tocar un cadáver frio. Llega la noche, pero ella no trae el reposo. Una y otra vez le buscan para que salga, por horrible que esté el tiempo, y vaya á ver á un enfermo que peligra.

¿Y esto es vivir, Elda? ¿Y podrá halagar á

una joven de tu fantasía, perspectiva semejante? Para las que no conocen las grandes pasiones; para las que solo buscan un marido, un apoyo para el porvenir, un médico bastará; pero para tí tan soñadora; para tí, á quien la lectura ha demostrado todos los encantos de la poesía, toda la grandeza del alma sublimada por un amor espiritual, para tí los médicos no podrán ser nunca otra cosa mas que los auxiliares de que te valgas para quitarte un resfriado ó evitar un tifo.

Correspondiste á Fernando, y ni tú misma sabes darte cuenta de ese paso. Y ten presente una cosa, Elda mia: la mujer debe por su propia conveniencia, bien entendida, evitar casarse con un hombre de menos talento que ella. Halagará á primera vista dominar; pero hay mucha felicidad en ceder á las dulces exigencias de quien nos ama y sabe alcanzar todo de nosotras.

Tú eres superior en todo á Fernando. Además, eres demasiado bella, demasiado inteligente para que no encuentres otro no-

Un poeta te ama, y sus cantares te pueden inmortalizar.

Elije.

Las dos amigas se separaron.

VI.

Matilde habia delineado un cuadro á grandes rasgos ante los ojos de su amiga, y el talento de ésta y su imaginacion viva revisieron aquel cuadro de tintes que ni aun la misma Matilde hubiera puesto, á pesar de su deseo de venganza.

De las comparaciones de Fernando se originó el despecho de Matilde; de las comparaciones que hizo Elda, entre un poeta y un médico, nació el olvido de Fernando, ó cuando ménos el enfriamiento de aquel que creian amor.

Tiene razon Matilde; pensaba Elda; un poeta, ave viajera del cielo, alma soñadora, pue-

de conducirme á un paraíso de ventura, á un cielo de felicidad. Debe ser muy dulce oirse llamar ninfa, diosa, estrella. Saber que no hay periódico en que no se publiquen nuestras gracias, en que no se nos ruegue, en que no se lllore si nos ostentamos indiferentes; ha de ser muy grato excitar la envidia de las demas.

Ver todas las cosas á través de un prisma sonrosado; asistir á las grandes escenas de la naturaleza; admirar el universo y saber que todo eso es poco para el sér que nos ama, porque nuestro amor es su religion, porque la inmensidad de su cariño le hace condensar en nosotros cuanto hay de bello, de poético y de sublime. Saber que hay un sér que en nadie piensa, que nada anhela mas que verse amado, es muy hermoso.

El espíritu sobreponiéndose á la materia; la luz dominando la sombra; la armonía de dos almas confundándose en una sola y elevándose al cielo en una nota dulcísima; amar con ese amor sublime con que se amaron María y Efrain, ¡ah! fuera del amor no pue-

de haber goce en la tierra. Solo esa pasión que se sobrepone á cuanto existe, puede distraer al alma pensadora que sufre al sondear los abismos de que está sembrada la existencia.

Si me caso con un poeta, continuaba Elda, ¡qué libros tan hermosos tendré para leer! Nuestra habitacion perfumada, la decorarán los pasajes mas hermosos que el pincel ha trasladado al lienzo, aves de dulce canto nos anunciarán que el sol ha comenzado su carrera, y el aroma de los nardos y las azucenas impregnará nuestra habitacion al abrirse nuestras vidrieras. Las veladas del invierno serán deliciosas; al amor de la lumbre me contará él leyendas mas lindas que los cuentos orientales; sus versos dirán al mundo que somos muy felices, que él me adora porque soy muy hermosa, y le amo tanto como él á mí, y envidiarán nuestra suerte los que aun no han gozado el supremo deleite de un amor uro, de un amor que nos hace creer en el cielo.

Entregada á estos sueños se encontraba

Elda una tarde, reclinada en un sofá situado frente á un grande espejo.

Las palabras de Matilde habian hecho mucho mal á Elda.

El talento de una mujer, por grande que sea, no basta á preservarla del riesgo inminente que corre de hacerse vanidosa y presumida, si se le llega á repetir que es hermosa, y se convence de ello.

Elda, con el semblante animado por una dulce expresion que en él imprimia la excitacion de su cerebro; reflejando en sus serenos ojos aquella luz vivísima que bañaba su alma, y sintiendo latir con violencia su corazón, estaba radiante, esplendorosa, divina, como una aparicion mágica. Se contempló al espejo, y en la sonrisa que se dibujó en sus labios hubiera podido traducirse esto: ¡el mundo es mio!

Mientras tanto, Matilde no descansaba en su obra de venganza. Hizo presentar en su casa al poeta apasionado de Elda; le inspiró confianza; le insinuó que su amistad podia

serle muy útil, y le relacionó con Elda y su familia.

Para realizar mejor sus planes improvisó una fiesta, aprovechando la ausencia de Fernando.

¡Qué hermosa estaba Elda! Recuerdo que por ostentar esa compañera que no tenía rival, me hubiera yo atrevido á prescindir de mis ideas acerca del baile. Afortunadamente no lo hice, y continué mi papel de simple espectador, reuniendo datos para escribir algún día los "Misterios de los bailes."

El poeta y Elda hablaron mucho esa noche. ¿Necesitaré decir que el amor fué el tema de la conversacion?

Sin embargo, el poeta reconoció en Elda á una jóven de talento; y se abstuvo de declararle su amor en la primera entrevista. Agotó el caudal de su imaginacion al pintar las dulzuras y bellezas del amor, y concluyó rogando á Elda que si anhelaba ser feliz, no buscarse la felicidad sino en el verdadero y sublime amor del alma.

Cuando el baile terminó, Elda y el poeta

eran ya dos amigos; un paso mas, y Matilde habia triunfado.

El estudiante de medicina estaba en aquellos momentos practicando en un hospital militar. Atareado con tantas curaciones como tenia que hacer, no habia tenido tiempo para pensar en Elda.

Por su parte, Elda no se habia acordado de Fernando.

¡Pobre Elda!

Las venenosas palabras de su amiga habian penetrado hasta el fondo de su corazon, y tan perniciosos efectos habian producido, que la jóven no sabia darse cuenta de sus acciones y pensamientos.

Continuar mintiendo á Fernando un amor que no sentia, le parecia reprobable. Despedirlo como despiden las coquetas á sus amantes, sin justificarse, le repugnaba sobremedida.

Fernando iba ya trasluciendo que Elda no era la misma de otros dias; pero como sus estudios le retenian la mayor parte del tiempo

en la Escuela de Medicina, no podia consagrarse á averiguar la causa de aquella variacion que notaba.

Su carácter se hizo mas áspero que antes, y rara vez tenia una frase tierna que pudiese halagar á Elda.

Y la jóven hacia comparaciones entre el lenguaje apasionado del poeta y el del estudiante, y por consiguiente se iba extinguiendo hasta el último resplandor de la moribunda luz de aquel amor.

Pasaron así algunos meses que Matilde supo emplear con gran éxito.

Entonces provocó á Fernando á que le hiciera sus confidencias, procurando inspirarle una confianza sin límites.

Si á Elda no fué dado librarse de caer en las redes de Matilde, mucho menos lo fué para el inexperto estudiante.

Contóle á Matilde, con caudorosa ingenuidad, la triste situacion en que se encontraban su amores con Elda.

—¡Pobre Fernando! ¡pobre amigo mio! exclamó Matilde cuando el estudiante hubo

CAPILLA ALFONSO X

concluido. Si vd. hubiera sido franco conmigo desde que se enamoró de Elda, yo le hubiera hecho conocer á vd. hasta el último pliegue de su corazon. No hay aliados mas eficaces y poderosos en las guerras del amor, que las mismas mujeres. Todas nos conocemos, y sabemos sacar partido hasta de la pequeñez mas desconocida de todos. Elda es un tesoro de belleza, y la quiero como á una hermana; soy la primera en reconocer la superioridad de su talento, y estoy íntimamente convencida de que no puede un hombre tratarla sin enamorarse ciegamente de ella. Ha hecho vd., Fernando, lo que cualquiera otro habira hecho en su lugar; pero desconfió vd. de una amiga que sincera y desinteresadamente le estima, y no ha sabido vd. hacerse dueño del corazon de la mejor de mis amigas.

—Perdóneme vd., Matilde, perdóneme, y dígame de qué manera podría yo hacer que Elda me amase, cuando ménos para que mi amor propio no sufra.

—¡Ah Fernando! ¿el amor propio de vd.

es el que vá à sufrir, no? Su corazon no siente; su alma está muda. Así son vdes. todos los hombres, y cuando encuentran una mujer que tambien tiene mucho amor propio, no saben cómo conducirse. Pero no gastemos el tiempo en estas reflexiones: ¿quiere vd. seguir un consejo mio?

—¿Cómo no seguirlo, si ha de venir de vd. que tan bondadosamente se interesa por mí?

—Pues bien, Fernando; la dignidad de vd. le manda alejarse de Elda. Ya no siente por vd. aquella simpatía ó afecto que llegaron los dos á hacerse la ilusion de que era amor. Yo he seguido paso á paso, día á día, las relaciones de vdes. y nada se me ha ocultado. Desengáñese vd., Fernando; ni Elda ha amado ni puede á amar á vd.; ni vd. ha sentido otra cosa que el deseo de que la sociedad entera le envidiase la posesion de una jóven tan divina.

Elda es demasiado hermosa para que pueda amar con vehemencia á nadie, y sabe que lo es.

Tiene la seguridad de que tras de un amante han de presentarse muchos otros.

Elda no puede encontrar en vd. al hombre que ha de satisfacer sus aspiraciones, realizar sus sueños.

Elda es una joven soñadora, delira con la poesía, y su mayor gloria será escuchar los cantos consagrados á su beldad.

Elda..... pero por Dios, Fernando, ¿adónde me ha conducido el aprecio que á vd. tengo como antigua amiga suya?

He sido muy indiscreta: no tome vd. en cuenta mis palabras; olvídelas; nada he dicho.

—No, Matilde; tiempo era ya de que yo me convenciera de todo lo que vd. me ha dicho. Guardaré como un secreto sagrado, inviolable, las palabras de vd.; pero me servirán para evitar un ridículo espantoso. Elda ha muerto para mí.

Si Fernando hubiese podido leer en aquel momento la inmensa satisfacción reflejada

en los ojos de Matilde, no habria necesitado otra cosa para variar de resolucion; pero estaba demasiado preocupado y nada pudo comprender.